

EL PRI: HORA CUMPLIDA (1929-1985)

Octavio Paz

El sistema político de gobierno impuesto por el Partido Revolucionario Institucional (PRI) en México, ha despertado siempre una inmensa curiosidad en pensadores y dirigentes políticos de todos los países. La descripción del sistema político mexicano que aquí se hace, de mano maestra, nos ayuda a conocer la compleja urdimbre de una de las más interesantes formas de organización política de América Latina.

• • •

Je ne veux point nier qu'il y n'y ait dans le tableau d'un pouvoir monarchique quelque chose de séduisant, mais les institutions dépendent des temps plus que des hommes.

Benjamin Constant,
Principes de politique, 1805.

Un compromiso histórico

EL RÉGIMEN ACTUAL DE MÉXICO nació en 1929. El programa original de la Revolución Mexicana fue esencialmente político: se proponía transformar a nuestro país en una auténtica democracia. El movimiento revolucionario triunfó pero la democracia se quedó en aspiración. Tras cerca de veinte años de luchas intestinas, la nación, ya en paz, se enfrentó a una disyuntiva: ¿régimen de caudillos revolucionarios o instituciones democráticas? Esta disyuntiva, aunque nacida del proceso revolucionario, era una consecuencia de las luchas civiles de México desde la Independencia. Durante la primera mitad del siglo XIX los dos partidos que se disputaban el poder, los liberales y los conservadores, acudieron más a las armas que a las urnas. Las luchas políticas se transformaron en operaciones militares hasta que la guerra civil endémica culminó en la intervención extranjera. En la segunda mitad del siglo XIX el país conoció una situación que, *mutato nomine*, es la nuestra. El triunfo de Juárez y los liberales republicanos sobre Maximiliano y sus partidarios significó, entre otras cosas, la desaparición del partido conservador. Juárez y Lerdo de Tejada gobernaron apoyados en una fracción del

IV TRIMESTRE 1985

partido liberal y tuvieron como opositores no a los conservadores sino a otra fracción liberal, encabezada por el general Porfirio Díaz, que gozaba de gran prestigio por sus victorias sobre las tropas francesas. Al tomar el poder, Díaz se enfrentó a una disyuntiva parecida a la de 1929: ¿conservar la democracia y exponerse a los cuartelazos y disturbios que habían trastornado la gestión de Juárez y Lerdo o volver al régimen de caudillos? La solución fue un compromiso que, sin romper el orden institucional, conservó en el poder a la fracción liberal vencedora y a su jefe. Este *compromiso histórico* —para emplear una expresión que ha hecho fortuna— duró treinta años; hoy llamamos a ese periodo: el *Porfiriato*. El término no es enteramente exacto porque, aunque fue un caudillo, Porfirio Díaz fue también un presidente institucional. Durante su régimen hubo una coalición de intereses económicos de los grupos privilegiados pero no hubo resurrección ni del partido conservador ni de su ideología. El gobierno de Díaz fue un despotismo liberal ilustrado.

La Revolución de 1910 acabó con la dictadura de Porfirio Díaz; sin embargo, no reapareció en la escena política el partido conservador. La lucha por el poder, como ocurre siempre en la historia, fue una pelea entre las distintas tendencias de la Revolución triunfante. El desenlace tampoco se apartó del precedente de todas las revoluciones: la instauración de un cesarismo revolucionario. Ahora bien, en el caso de México, una vez asesinado el César (Alvaro Obregón), se buscó una solución intermedia. Otro compromiso histórico. El César en turno, el Augusto mexicano, era un político muy inteligente, Plutarco Elías Calles; como su antecesor romano, encontró una solución original a un tiempo institucional e intermedia: un partido que durante medio siglo ha monopolizado el poder no por la violencia ni la dictadura militar o policiaca sino a través de un sistema hecho de calculados equilibrios, pesos y contrapesos. Esta solución fue más perfecta, más institucional, que la de Díaz.

Mi comparación entre el emperador Augusto y el general Calles parece traída por los cabellos. Las diferencias entre la Roma de 27 a.c. y el México de 1929 son enormes. En nada se parece el sobrino de César al revolucionario de Sonora, aunque Alfonso Reyes, en unas páginas que todavía se leen con rubor, al hablar de Virgilio, el amigo y protegido de Augusto, haya evocado la figura de Calles en cuya política agraria veía —o más bien: oía— un eco de las *Geórgicas*. (Mientras digo esto, la sombra de don Alfonso me mira, no sé si enojado o contrito. ¡Perdón, tenía que decirlo!). Pero mi comparación entre el romano y el sonorense no es enteramente caprichosa. Como Augusto después de tantos años de guerras civiles y del asesinato de Julio César, el general Calles, tras la muerte violenta del caudillo Obregón, buscó una solución que fuese a un tiempo política e institucional. Por lo primero, la solución tenía que ser un compromiso, en Roma entre la Monarquía y la República, en México entre la Dictadura y la Democracia; por lo segundo, el nuevo régimen tenía que fundarse no en los caudillos sino en las instituciones, en una burocracia impersonal y no en un monarca imprevisible. El parecido se acentúa si se repara que la reforma de Calles fue decidida y realizada, como la de Augusto, desde arriba, desde el poder, y en una situación postrevolucionaria.

Es indudable que al idear la fundación de un partido hegemónico, Calles tuvo presentes algunos ejemplos contemporáneos: la Turquía de Ke-

mal Bajá Ataturk y, sobre todo, el partido bolchevique ruso y el partido fascista italiano. Es revelador también que el primer nombre de la agrupación haya sido Partido Nacional Revolucionario. Es un nombre con sabor de época y que evoca tanto al nacionalismo del socialista Mussolini como al “socialismo en un solo país” del nacionalista Stalin. Pero los partidos de Rusia e Italia habían conquistado el poder mientras que el mexicano fue creado desde el poder. El estado italiano y, más acusado y totalmente, el ruso, fueron proyecciones de esos partidos y de ahí que hayan sido Estados ideológicos (el segundo todavía lo es); en México el partido era (y es) proyección del gobierno. Esta es la diferencia, esencial, entre el PRI y los partidos totalitarios. Las consecuencias, asimismo, han sido diferentes: en Rusia el Estado suplanta a la sociedad civil y tiende a suprimirla; en México la sociedad civil subsiste e, incluso, a pesar de muchas trabas, se ha desarrollado a partir de 1929. Pienso sobre todo en las dos nuevas clases urbanas, el proletariado industrial y la clase media. Ambas han crecido a la sombra del PRI y del gobierno. Su desarrollo recuerda al del Estado llano (burguesía, clases intelectuales y profesionales) durante los siglos XVII y XVIII. El Estado llano fue aliado y protegido de la Monarquía absoluta antes de convertirse en su enterrador.

Las milicias del PRI

LA BASE DEL SISTEMA MEXICANO es el control de las organizaciones obreras, campesinas y populares. Pero la palabra *control* contiene la idea de dominación y mando; la relación entre esas organizaciones y el sistema es más sutil y libre. Habría que hablar más bien de integración de los dirigentes obreros, campesinos y populares en el sistema. Todos ellos, de una manera u otra, son parte del régimen y ocupan un alto lugar en la jerarquía. Sin embargo, la inclusión de los dirigentes populares dentro del grupo director del país no explica enteramente el fenómeno. Hay otro factor: los sucesivos gobiernos nunca han sido indiferentes a la situación de los trabajadores, sobre todo a la de los urbanos. El populismo ha sido uno de los rasgos distintivos de la política mexicana desde que la Revolución se transformó en gobierno. Hoy se critica al populismo con razón pero esa crítica no debe ocultarnos sus aspectos positivos; en una sociedad como la mexicana, en la que los pobres son tan pobres y los ricos tan ricos, el populismo, aunque manirroto y demagógico, equilibró un poco la balanza en el pasado. Pienso, más que nada, en los trabajadores de la ciudad. Los primeros gobiernos surgidos de la Revolución se preocuparon de manera preponderante por los campesinos pero, desde hace mucho, buena parte de la actividad gubernamental se ha desplazado del campo a las ciudades. Los campesinos son los que han pagado los costos, altos y a veces terribles, de la modernización. A pesar de todas estas sombras, es claro que el sistema ha contado no sólo con el apoyo explícito de los dirigentes obreros y campesinos sino, lo que es más importante, con el apoyo implícito de los trabajadores*.

* / Es imposible, en un artículo como este, detenerse en una descripción de las formas en que los dirigentes obreros y campesinos —y a través de ellos el PRI y el gobierno— controlan a las organizaciones populares. Señalo solamente que esos métodos oscilan entre la política de clientela y, en casos extremos, la coerción.

En el otro extremo, el sistema ha reclutado también, de una manera menos ostensible pero no menos efectiva, a muchos e importantes líderes de la clase empresarial. Por último, debo mencionar a los intelectuales. Su situación no es muy distinta a la de los clérigos de la época virreinal especialmente a la de los miembros de las órdenes religiosas. Los intelectuales son parte del sistema como sus predecesores de los siglos XVI, XVII y XVIII; también como ellos, a veces son críticos y aun revoltosos. En ciertos momentos, algunos han sido la conciencia del régimen. Pero en general, por desgracia, su crítica ha sido siempre ideológica. Enamorados de las abstracciones, desdennan la realidad. Los medios de comunicación prolongan y acentúan estas características. Nuestra prensa —pienso, sobre todo, en la de la capital— es ideológica o en el otro extremo, acomodaticia y aun, en ciertos casos, venal. Esta es una de las razones de su escasa influencia.

Los méritos y los defectos del sistema están a la vista. He hablado de balanzas y contrapesos pero también podría hablarse de un sistema de compromisos y transacciones. Una política de esta naturaleza, por más clásica y flexible que sea, tiene un límite: una y otra vez las contradicciones entre los distintos grupos o entre uno de esos grupos y gobierno, se acumulan y se enconan. Entonces, como muestra la historia de los últimos treinta años, el régimen acude a medidas severas y aun a la represión. Otro límite es el agotamiento de la capacidad de negociación del gobierno no por falta de voluntad y de habilidad sino por la carencia de recursos que pudiesen ofrecerse como una compensación a las insatisfechas demandas de este o aquel grupo. Esto último es lo que comienza a ocurrir ahora. Es un nuevo indicio de que estamos al fin de un periodo histórico. Dicho todo esto, debe reconocerse que esta política ha tenido éxito durante más de medio siglo.

Esta descripción del sistema político mexicano sería menos incompleta si olvidase señalar que el grupo dirigente está compuesto por dos cuerpos. En un ensayo de 1978, recogido en *El ogro filantrópico*, apunté que en México existen dos burocracias, separadas aunque en perpetua comunicación. Una es política y la integran, esencialmente, los estados mayores de los tres sectores en que se divide el PRI: el obrero, el campesino y el popular. (Háy que añadir dos sectores de menor importancia: las mujeres y los jóvenes.) Este grupo, en su totalidad, constituye lo que se llama "clase política" y se extiende a todo el país por medio de una vasta red de organismos. El otro cuerpo es el gubernamental propiamente dicho y su definición se ajusta más al concepto tradicional de burocracia. Es un grupo que ha crecido muchísimo en los últimos treinta años debido no sólo a la hipertrofia gubernamental sino a la política de nacionalizaciones. Estas dos burocracias concentran un inmenso poder político, económico y social. Hay que reconocer, de nuevo, que a su acción se debe, en buena parte, mucho de lo que se ha logrado. Al mismo tiempo, hoy son el principal obstáculo a que se enfrenta toda tentativa de renovación democrática. Las dos burocracias se oponen, casi instintivamente, a un cambio que ponga en peligro sus enormes privilegios.

La aparición de la burocracia como una nueva clase es un fenómeno universal y, según se ha dicho muchas veces, es uno de los rasgos más inquietantes de las sociedades contemporáneas. La imbricación entre partido

burocracia y Estado es el fundamento del totalitarismo moderno. No es el caso de México: aquí hemos gozado de muchas libertades desconocidas lo mismo en los países comunistas que en aquellos bajo dictaduras militares. Sin embargo, la historia reciente nos enseña que el tránsito del despotismo a la democracia ha sido más fácil allí donde no ha aparecido, como casta o clase, una burocracia político-tecnocrática. Los ejemplos abundan: Portugal, España, Argentina, Uruguay. La paradoja del México contemporáneo reside en la doble faz de nuestra burocracia: ha sido el instrumento del cambio social y, hoy, es el obstáculo del cambio político.

Entre las circunstancias adversas a la reforma democrática hay otra, esencial. Se habla poco de ella a pesar de que es una de las claves de nuestra historia, desde la época precolombina hasta nuestros días. Me refiero a la ausencia de tradiciones democráticas. Los largos años de dominación del PRI no son una novedad histórica para los mexicanos. Salvo durante el corto periodo que Cosío Villegas llamó *La República Restaurada*, durante el cual, por lo demás, no faltaron sacudimientos y rebeliones, México no ha conocido nunca un régimen de partidos que de una manera pacífica se alternen en el gobierno. Antes de la Conquista, las ciudades-estados de Mesoamérica eran teocracias militaristas; durante los tres siglos de la dominación española, fuimos un virreinato (y qué virreinato: el régimen español era una monarquía absoluta!); después, la primera mitad del siglo pasado fue un periodo de dictaduras, golpes de estado, guerras civiles e invasiones extranjeras; finalmente, tras el intermedio de Juárez y Lerdo, la dictadura liberal de Díaz, las luchas revolucionarias y, desde 1930, la hegemonía del PRI. La democracia es una invención colectiva pero, asimismo, es un aprendizaje. La historia nos ha privado, cruelmente, de la posibilidad de aprender. ¿La historia o nosotros mismos?

No es difícil advertir las analogías del sistema político mexicano con los de otros países; tampoco lo es percibir sus diferencias. Entre ellas la más notable (y más saludable) es la ausencia de una ortodoxia ideológica. Esto nos ha salvado del terror de un Estado burocrático e inquisidor, como en los países comunistas. Otro rasgo que también es positivo: puede hablarse de un monopolio del PRI pero no de una dictadura. Varias veces he dicho que vivimos en un régimen peculiar, un régimen *hacia la democracia*. ¿Por cuánto tiempo podremos todavía seguir viviendo a medio camino entre un sistema y otro? Los mexicanos no cesamos de hacernos esta pregunta. En 1968 se abrió el periodo de revisión de nuestro sistema. Hoy la pregunta se ha vuelto imperiosa y la respuesta impostergable: o damos un paso definitivo hacia la democracia o la nación se estanca. De ahí que sea imprescindible reflexionar un poco sobre la situación actual.

Un partido y varias sectas

EL PRIMER ELEMENTO POSITIVO es la existencia de distintos partidos políticos independientes. Mejor dicho: de un partido y de varios grupos que tienden a serlo sin conseguirlo aún. Por desgracia, esas agrupaciones, sin excluir al partido, son débiles, aunque lo son cada vez menos. Su debilidad es, hasta cierto punto aplicable. En primer término, sus medios de acción han

sido y son incomparablemente más reducidos que los del PRI, que cuenta con el apoyo y los recursos oficiales. En segundo lugar, cuando ha sido necesario, el poder no ha vacilado en recurrir a la intimidación e incluso, en ocasiones, a la represión. Las víctimas de la acción gubernamental han sido lo mismo los grupos llamados de derecha que los de izquierda (una denominación que día a día nos revela su insuficiencia). Pero la hegemonía del PRI no sólo se explica por las razones que he apuntado ni la debilidad de la oposición puede atribuirse exclusivamente a la coacción gubernamental. Hay otras razones, unas de orden histórico, como la ausencia de tradiciones democráticas, y otras más bien circunstanciales. Me ocuparé, así sea superficialmente, de las últimas.

El PAN es el heredero del antiguo Partido Conservador y de la tradición católica mexicana. Desde este punto de vista su legitimidad histórica es incuestionable. Es imposible entender a nuestro país sin la tradición conservadora: Lucas Alamán no es menos central para México que Benito Juárez. El primer equipo dirigente del PAN era muy brillante pero demasiado ligado al pensamiento conservador europeo. Durante algún tiempo, su tradicionalismo lo llevó a simpatizar con Franco. El otro partido conservador, el Demócrata, es heredero del sinarquismo, una tendencia tradicionalista y plebeya que agrupó a los campesinos pobres de algunas regiones pero que nunca fue democrática. Hoy se ha convertido a la democracia, como el PAN y, en el lado opuesto, los partidos de izquierda. Aunque el PAN ha lavado su pasado autoritario con más éxito que el PSUM (coalición del antiguo partido comunista con otros grupos) su pasado stalinista, no ha logrado renovar enteramente su doctrina. Durante los últimos años ha aparecido en Occidente un pensamiento crítico del Estado que no sólo renueva la tradición liberal sino que abre nuevas perspectivas. No parece que esas corrientes intelectuales hayan penetrado en el PAN. Esta crítica moderna al Estado, que es una real y profunda novedad intelectual en el pensamiento político de este fin de siglo, tampoco ha hecho vacilar las petrificadas convicciones de muchos intelectuales mexicanos, sobre todo de izquierda. El culto al Estado tiene entre nosotros un origen triple: la herencia hispánica, la influencia francesa y, hoy, la marxista. Así pues, engloba a los conservadores, a los liberales y a los socialistas.

La crítica política del PAN ha impresionado favorablemente a la opinión pública pues está fundada en los principios democráticos. En cambio, no ha formulado un proyecto nacional nuevo y viable, que se ofrezca como una opción distinta a la del PRI. Las profesiones de fe democrática de sus voceros son valiosas y útiles pero su programa en otros dominios es vago. En materia económica proclaman las ideas de los economistas neoclásicos que hoy defienden con singular vigor y éxito (en los Estados Unidos y en Europa Occidental) la tradición de Adam Smith. Pero los problemas sociales y culturales del país son más vastos y sobre algunos de ellos, como el demográfico, la posición del PAN es insatisfactoria. Sin embargo, el PAN es ya un partido nacional. No solo ha crecido en los últimos tiempos sino que, probablemente, crecerá aun más. Este crecimiento no se debe únicamente a sus raíces en nuestra historia ni a la bondad intrínseca de su programa o

a la capacidad de sus dirigentes. La verdad es que el PAN recoge el descontento de un número cada vez mayor de mexicanos ante lo ocurrido en los últimos sexenios. Como el movimiento estudiantil de 1968, pero ahora en el ámbito nacional, especialmente en el norte del país y en Yucatán, el crecimiento del PAN expresa no tanto una tendencia ideológica como el descontento de muchos ciudadanos.

Para entender el crecimiento del PAN hay que mencionar, además, la influencia de un fenómeno sobre el que se ha hablado poco y reflexionado aún menos: el despertar de la provincia. Se trata de un hecho nuevo en la historia de México y que está llamado a ejercer una influencia decisiva en nuestra vida nacional. Otro signo de este despertar es la vitalidad de la prensa regional, lo mismo en el Norte que en Yucatán y en Veracruz. Es revelador, al mismo tiempo, que la prensa de la capital sea hoy poco leída en provincia. Los mexicanos comenzamos a tener mayor conciencia de la diversidad y personalidad de las regiones que componen nuestro país. Esto es saludable. Por una parte, expresa la variedad, riqueza y complejidad de nuestra patria; por otra, es una reacción en contra del monopolio político, cultural y económico de la ciudad de México. Mejor dicho: es una reacción en contra de más de dos mil años de centralismo. Es una paradoja que el PAN, heredero del Partido Conservador, que siempre fue centralista, hoy exprese la rebelión contra el Centro, mientras que el PRI, descendiente de los liberales, que fueron federalistas, represente al centralismo. De todos modos, sea el PAN o cualquier otro partido el beneficiario de esta tendencia, estamos ante un hecho nuevo y de incalculables consecuencias históricas. Desde la fundación de Teotihuacán, los mexicanos han padecido la dominación del Centro. Centralismo y concentración excesiva de poder en una persona (rey-sacerdote, caudillo, monarca o presidente) han sido realidades complementarias en nuestra historia y casi siempre nefastas. Hoy presenciamos un lento pero poderoso movimiento de reflujo histórico. Es un fenómeno que, probablemente, pertenece al dominio de lo que llaman los historiadores franceses la *cuenta larga*. Si es así, será irreversible.

Contrasta el crecimiento del PAN con el estancamiento de los partidos de izquierda. Se dice que sus divisiones intestinas han contribuido a su debilidad. Creo lo contrario, sus divisiones son la expresión de su debilidad. Los organismos débiles, lo mismo en el campo de la biología que en el de la política, tienden a la escisión y a la dispersión. Otra razón del estancamiento de la izquierda es que lo mejor y más vivo de su programa aparece también en el programa del PRI. Por último, los partidos de izquierda no han logrado insertarse en la vida colectiva mexicana porque ni su lenguaje ni sus ideas tienen una relación clara con la presente realidad mexicana. Tampoco con la historia de nuestro país. La izquierda mexicana, en general, se preocupa más por los temas internacionales que por los mexicanos: les importa más Nicaragua que Sonora y más Cuba que Chiapas. El Partido Mexicano de los Trabajadores ha sido sensible a esta falla y ha procurado mexicanizar su lenguaje, sus programas y sus símbolos. Es loable y positivo, pero no es suficiente. Para que la gente los oiga, los grupos de izquierda no sólo tienen que mexicanizar su lenguaje sino responder a una pregunta básica: ¿qué clase de socialismo pretenden implantar en México?

He llamado *básica* a esta pregunta. Agregó que es urgente contestarla. La palabra *socialismo* cubre a una serie de realidades distintas: el socialismo portugués y el español, el francés y el sueco, el alemán y el inglés (laborismo), el ruso y el chino, el vietnamita y el albanés. No sólo hay muchos socialismos sino que militan en bloques enemigos. Los socialistas alemanes, noruegos, belgas, ingleses y otros son partidarios de la alianza atlántica (como lo son también los comunistas italianos) mientras que los socialistas suecos son neutrales. Los gobiernos socialistas de Francia, España y Portugal son aliados de los Estados Unidos; los socialistas chinos combaten con las armas a los socialistas de Vietnam que, a su vez, ocupan Camboya y pelean contra una numerosa facción de socialistas camboyanos aliados a Pequin; los socialistas rusos invaden Afganistán y los cubanos envían tropas a Angola y otras partes... Todo esto, para no hablar del desprestigio universal del llamado "socialismo real", es decir del sistema ruso, hace imperativo que esta pregunta sea contestada con claridad. Si lo que nos proponen es el socialismo democrático, deben entonces decirnos en qué consiste. Para esto deben definir de una manera real y concreta el sentido de las palabras *socialismo* y *democracia* y, en seguida, mostrar cómo y de qué manera pueden compaginarlas.

Es imposible conquistar la confianza popular si antes no se clarifica este tema esencial. Es una cuestión íntimamente ligada con otra: ¿cuál es la visión que estos partidos y grupos tienen de la URSS y de los otros países que han usurpado el nombre del socialismo? ¿Es socialista la URSS? ¿Lo son Polonia, Cuba, Vietnam? No basta con denunciar la invasión rusa en Afganistán, la supresión del movimiento de Solidaridad en Polonia o los abusos del régimen de Castro en materia de libertad intelectual o sexual. ¿Qué política internacional debe adoptar nuestro país según la izquierda mexicana? Contestar a estas preguntas quizá no les dará más votos hoy pero, sin duda, creará para ellos, en el futuro inmediato, una audiencia más vasta. Así habrán dejado de ser sectas de las catacumbas y se habrán convertido en lo que todos deseamos: un interlocutor nacional.

La tabla de salvación

LAS RAZONES DE LA HEGEMONIA DEL PRI están a la vista. La primera es de orden histórico: no sólo es el partido heredado de la Revolución Mexicana sino del liberalismo del siglo pasado, en su dos vertientes: la juarista y la porfirista, la libertaria y la autoritaria. Pero estos antecedentes históricos, por más poderosos que sean, no lo explican todo. El PRI ha conservado el poder porque su gestión ha sido positiva en términos generales, aunque no exenta de sombras, manchas y crímenes. Para hacer el elogio del PRI habría que pedirle prestadas a Carlos Marx algunas de las expresiones con que hizo el elogio de la burguesía. No mencionaré las obras económicas y sociales, aunque hayan sido considerables, sino la acción política.

En primer lugar, ha dado estabilidad al país y, así, ha hecho posible su desarrollo (por más desigual y defectuoso que haya sido éste). Tampoco puede olvidarse que el PRI no ha implantado el terror ideológico como los

regímenes comunistas y que nos ha preservado de los horrores que han sufrido casi todos los países latinoamericanos bajo dictaduras militares reaccionarias. Y hay algo más y más decisivo: el PRI ha sido el gran canal de la movilidad social. Al mismo tiempo, ha inmovilizado nuestra vida política y no ha vacilado en usar la fuerza y la represión para conservar el poder. Su influencia ha sido determinante en la corrupción que padecemos. Es verdad que los orígenes históricos de la corrupción están en el México virreinal, es decir, en el patrimonialismo de la monarquía absolutista: el Príncipe gobierna a su pueblo como si fuese su casa. El fin del patrimonialismo, en Europa, se debió a la adopción de un nuevo tipo de racionalidad económica y política. Fue un cambio de la moral pública aliado estrechamente a la implantación de la democracia política y al ejercicio de la crítica. En México no hubo esos cambios por razones históricas que no puedo examinar aquí. La perpetuación del patrimonialismo, es decir, de la corrupción, se debe sobre todo a la ausencia de crítica social y política. En esto la responsabilidad del sistema es innegable: ha buscado el consenso y ha sido hostil a la expresión de las diferencias. Su ideal ha sido la imposible unanimidad, no la modesta pluralidad.

En 1968 el "ogro filantrópico" que es el PRI fue sometido a una dura prueba. Los estudiantes impugnaron su monopolio. El movimiento juvenil fue el resultado de la emergencia de una nueva clase media. En el lenguaje de los estudiantes mexicanos no era difícil percibir ecos de las proclamas y declaraciones de los estudiantes de Berkeley y de París durante ese mismo año; sin embargo, había algunas diferencias. Los mexicanos eran menos libertarios y en sus declaraciones no aparecen las críticas virulentas que los jóvenes franceses hicieron a los regímenes comunistas. Pero no fue la ideología del movimiento lo que conquistó la simpatía de grandes grupos de la clase media urbana sino la aspiración democrática. Casi sin proponérselo y más allá de sus *slogans* revolucionarios, los estudiantes expresaron el anhelo general de la nueva clase media, sobre todo de la ciudad de México: una vida política realmente plural y en la que cesase el monopolio del PRI.

La respuesta fue brutal: la represión de Tlatelolco. El gobierno mexicano, que es inteligente y realista, no tardó en comprender el sentido profundo del movimiento y emprendió, un poco después, una reforma política. Primero fue la Apertura del presidente Echeverría; más tarde, la Reforma Política de López Portillo, concebida por el Secretario de Gobernación de entonces, Jesús Reyes Heróles. La Reforma comenzó a dar frutos. Pero la catástrofe financiera del final del gobierno de López Portillo nos precipitó en un hoyo del que todavía no podemos salir. El desastre fue el resultado de causas que estaban más allá del control del gobierno —la crisis financiera mundial, la baja del precio del petróleo, las altas tasas de interés bancario en los Estados Unidos— y de otras que sí son imputables a la administración mexicana: la corrupción y, fundamentalmente, los planes faraónicos. El gobierno se empeñó en continuar con esos planes en contra del aviso de los expertos y a pesar de los consejos del simple sentido común. ¿Por qué? Porque en nuestro país la autoridad, desde el siglo XVI no tiene la costumbre de *oír*. Lo peor no fue la insensibilidad del gobierno ante las críticas y

las advertencias sino que el derrumbe financiero provocó otra recaída en los métodos autoritarios. La respuesta al fracaso fue la nacionalización (estatización) de la banca. No critico el acierto o el desacierto de la disposición gubernamental. Se puede discutir interminablemente sobre la medida, si fue necesaria o inútil, benéfica o nociva; lo que me parece vituperable es la forma en que se llevó a cabo. No hubo ninguna discusión pública y el cambio se impuso a la población por sorpresa. Fue una orden —y punto.

Después hubo un cambio de mando. Miguel de la Madrid fue electo Presidente por una amplia mayoría y su gobierno fue recibido con esperanza. Los escépticos, que son más y más, no han dejado de señalar que recibimos con la misma esperanza a Echeverría y a López Portillo. El nuevo gobierno ha hecho algunas cuerdas rectificaciones y adoptado ciertas medidas prudentes, casi todas ellas dirigidas a sanear nuestras finanzas y a vadear la crecida que amenaza con ahogarnos. La verdad es que las dificultades a que nos enfrentamos hoy los mexicanos, y no sólo el gobierno, son muchas, enormes y complejas. Pagamos años y años de imprevisión, ligereza, ignorancia y deshonestidad. El problema más urgente es el financiero. Es una cadena que tenemos atada al pie y que no nos deja caminar. Pero creo que comenzamos a salir del hoyo. Los problemas más difíciles, por ser de fondo y de lenta resolución, son otros. No soy un "experto" pero, a mi juicio, los más graves son los siguientes: el aumento de la población, el fracaso de nuestra agricultura (no sólo no nos alimenta sino que nos endeuda con el exterior), la escasa productividad (y, en consecuencia, incapacidad de exportar y un mercado interno débil que acentúa nuestras terribles desigualdades), la ruina de nuestro sistema educativo... La lista no es exhaustiva pero es aterradora. Todo esto nos enfrenta a una tarea gigantesca, prolongada y colectiva. Enderezar al país no puede ser la obra de un hombre o de un grupo sino de una generación.

Es claro que lo primero que hay que hacer es echar a andar a la nación, es decir, devolverle la iniciativa y la libertad de acción. El principal obstáculo es la centralización que padecemos. Es una realidad que nació con la primera gran ciudad mesoamericana, Teotihuacán, y que prosperó con el virreinato y los regímenes que lo han sucedido hasta nuestros días. Aunque el centralismo es económico, administrativo y cultural, su raíz es política. Su persistencia, como la del patrimonialismo, revela que en muchos aspectos nuestra sociedad todavía es premoderna. La familia patriarcal, con su moral de círculo cerrado, sigue siendo el modelo inconsciente de nuestra vida social y política. La sociedad vista como una proyección de la familia. Pero la extraordinaria vitalidad del patrimonialismo y del centralismo y su resistencia al cambio no son explicable únicamente como supervivencias de nuestro pasado. Los aliados de ambos son la ausencia de crítica política y de vida social democrática. En el caso del centralismo hay que decir que se apoya en la nueva clase burocrática. Centralismo y burocracia son vasos comunicantes que se alimentan mutuamente. El centralismo es la expresión de los grandes monopolios económicos del Estado (y de muchos privados que son sus aliados), de los monopolios culturales en las grandes ciudades y, en fin, de los monopolios políticos. Tenemos que acabar con todo esto. El único método conocido para lograrlo es la democracia.

No necesito repetir que, por sí sola, la democracia no puede resolver nuestros problemas. No es un remedio sino un método para plantearlos y entre todos discutirlos. Además (y esto es lo esencial) la democracia liberará las energías de nuestro pueblo. Así, la renovación nacional comienza por ser un tema político: ¿cómo lograremos que México se convierta en una verdadera democracia moderna? No pido (ni preveo) un cambio rápido. Deseo (y espero) un cambio gradual, una evolución. Detener esa evolución sería funesto y expondría al país a gravísimos riesgos. Las soluciones autoritarias gastan a la autoridad, exasperan a los pueblos y provocan estallidos. El compromiso histórico que resolvió en 1929 la disyuntiva entre el régimen de caudillos revolucionario y el establecimiento de una genuina democracia, hoy nos enfrenta a otra disyuntiva: estancamiento o democracia. El estancamiento no sólo es inmovilidad sino acumulación de problemas, conflictos y agravios, es decir, a la larga, convulsiones y estallidos.

Hasta hace algunos años creía, como tantos, que el remedio era la reforma interna del PRI. Hoy no es suficiente. Lo intentó Madrazo y después, con mayor realismo e inteligencia, Reyes Heróles. Pero la opinión pide más. Pide una *democracia sin adjetivos*, como ha dicho Enrique Krauze. En cuanto al PRI: ojalá que retome en su *totalidad*, es decir, sin olvidar al demócrata Madero, su herencia como partido de Revolución Mexicana. Así aprenderá a compartir el poder con los otros partidos y grupos. Sería una vuelta a los orígenes: la Revolución Mexicana comenzó en 1910 como una inmensa aspiración democrática. Realizar esa aspiración será convertir efectivamente a la Revolución en Institución.

Este texto forma parte del libro *Pasión crítica* que próximamente publicará Seix Barral.